

C.R.  
861.6  
F363p  
C.E.







Rogelio Fernández Güell

† 15 de Marzo de 1918

Rogelio Fernández Güell

1883-1918

Poesías



## Prólogo

---

A un cariño fraternal, mutuamente sentido, sin desmayos, durante toda la vida, debo el ser ahora el prologuista de ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL. Nó a mis escasas luces, ni aún siquiera al estrecho parentezco que con él me ligaba, ni al que con su digna esposa me liga, atendió esta señora para confiarme el depósito de los manuscritos de Rogelio y el volumen único de poesías a que se refiere el poeta, en su *testamento literario*.

Del citado volumen son la mayor parte de las que ahora en éste se publican, desconocidas o casi desconocidas antes de ahora, por los motivos expuestos en dicho testamento.

Será para muchos lectores, amigos de Rogelio, una revelación la presentación de éste como poeta. Sus actividades se externaron, de preferencia, en la arena política y en el periodismo, y aún el que estas líneas escribe, obedeciendo a la opinión general, se acostumbró a considerar y apreciar en él, más al correcto y atildado periodista, al elocuente orador político y al sesudo filósofo que al fácil e inspirado rimador. Digo rimador adrede y no poeta, porque esto último lo fué siempre Rogelio, tanto hablando desde la tribuna política como escribiendo desde las columnas de los muchos periódicos en los cuales colaboró durante su tan corta como activa vida.

En él, ser poeta era algo constitucional. Lo era porque sentía la poesía vivamente y había recibido del Cielo ese dón que en vano procuran adquirir los que llegan sin él a la tierra, y que consiste en la facilidad para externar la poesía sentida, por medio de la palabra, ya hablada o ya escrita.

Cantaba porque sí; porque era ésa condición de su sér. Porque sentía la vida como la siente el poeta y todo en ella, aún su misma negación, la muerte, le impulsaba al canto. Él mismo lo dice en aquellos versos:

Canto porque sueño: porque soy poeta;  
 porque mis ideas brotan de un laúd;  
 porque bermellones hay en mi paleta  
 y aromas en mi alma, sonidos y luz.  
 Canto porque canto: porque de mis labios  
 se desprende el verso; tal es la razón.

¿A cuál de los géneros de poesía pertenecen los versos de Rogelio? Si fuese posible dar a todos ellos una calificación común, resultante de la característica sobresaliente en los mismos, no vacilaría en decir que al lírico; aunque en algunos de ellos retoza la musa picarezca y en muchos otros se advierten sonos de la trompa épica. Pero, se nota mayor espontaneidad en sus poesías líricas, más corrección natural, más sentimiento, en una palabra: más poesía. La que lleva por título: *El Idilio*, es a mi ver, una de las mejores en su género, aunque talvez el poeta no lo creyera así. Tampoco creyó nunca Cervantes que *El Quijote* fuera su obra maestra, y así consideraba como superiores su *Galatea* y aún su *Pérsiles y Segismunda*. No es el autor, siempre, el mejor juez de sus obras. Por otra parte, tampoco yo doy mi opinión como la de un maestro en el arte, ¡lejos de mí tal pretensión!, sino como la de uno de tantos lectores, que tiene sobre los demás la única ventaja de la prelación en la lectura, y la circunstancia, no sé si favorable o desfavorable para un buen juicio, de haber leído esas poesías con especial dedicación y cariño, por motivos que tienen sobrada explicación en el afecto profesado al autor.

Más fácil es tal vez, sin que esto lo sea mucho, deducir de la lectura de los versos que contiene este volumen, las influencias literarias a que obedeció el autor. Nótese en unas un modo de sentir y de expresar a lo Víctor Hugo, como en varias de las estrofas de *Los Andes* y en la titulada: *Dios*. En las poesías filosóficas, que formarán, Dios mediante, otro volumen, se deja con más fuerza sentir la influencia Víctorhuguiana.

En cambio, en las más, se ve la influencia de Espronceda, querida y buscada francamente. En algunas, la imitación llega a ser tan perfecta que se confunde con el mismo modelo. Tal sucede en *Un delirio de Espronceda*, en la cual el autor imita con gran felicidad todos o la mayor parte de los metros, rimas, ritmos y expresiones del gran romántico.

Tan diversa influencia tiene clara explicación: Rogelio, como todos los estudiantes de su época, tuvo la desgracia de recibir aquella mentirosa enseñanza que en aulas y libros se impartía no ha mucho aún, en casi todas nuestras Américas, y según la cual, España era una nación semibárbara de la que nada o casi nada podía aprenderse y Francia la monopolizadora del buen gus-

to, de las artes, de la civilización y por ende, de la literatura. De conformidad con tales ideas, en libros extranjeros aprendíamos la historia de España, y libros de autores extranjeros, especialmente franceses mal traducidos al castellano, eran los que llegaban a nuestras manos. De ahí, un culto casi idolátrico para Francia y un afán en nuestros principiantes literatos por imitar, sin selección, a los autores franceses como dechados de gusto y de saber, sin tener en cuenta la diferencia de espíritu de las lenguas, que hace imposible la perfecta adaptación de las bellezas de una literatura extraña, a la nacional, ni las peculiaridades del mecanismo idiomático que convierten fácilmente en ridículo en castellano aquello mismo que es tal vez sublime o cuando menos correcto en francés.

Y menos mal cuando el modelo aceptado era de la categoría sin par de un Víctor Hugo, porque en ese caso, si bien la adaptación tenía que ser imposible, a menos de haber sido dotado de un genio como el del inmortal francés; cuando menos, con tal modelo debía despertarse en el lector, por poco que su alma fuese sensible al sentimiento de la belleza, el gusto estético y el amor a lo excelso.

Y en la elección de sus lecturas fué favorecido, Rogelio, por su innato buen gusto y por las circunstancias. El primero le hizo rechazar las novelas adocenadas y pornográficas de la literatura francesa de su tiempo, y encariñarse con Víctor Hugo, Lamartine, Chateaubriand y con el buen escritor pero parcialísimo historiador Thiers.

Como uno de los recuerdos de mi primera juventud, guardo el del adolescente Rogelio, economizando las monedas que le regalaban para menudos gastos sus familiares, con el fin de llegar a reunir \$ 25.00, precio de una edición de lujo de *Los Girondinos*, que había visto expuesta en la vitrina de una de nuestras librerías. Aún recuerdo el semblante de aquel párvulo, radiante de alegría, cuando llegó a mostrarme el precioso libro, comprado a costa de no pocos afanes. Esa adquisición colmaba sus anhelos. En compañía de Vergniaud, Barbaroux, Roland y demás idealistas de la Revolución, iba a pasar encerrado largos días que a él se le antojarían muy cortos. Quien tan bien sabía sentir el espíritu, poetizado por Lamartine, de los Girondinos, qué mucho que rodeara todos los actos de su propia vida política del más puro idealismo?

Que las circunstancias fueron parte para arrancar a Rogelio de la influencia unilateral de la literatura francesa, dije, refiriéndome al viaje a España que emprendió a principios de 1904; viaje a que le obligó, en cierto modo, la actitud asumida por el Gobierno de entonces en materia de prensa.

Veinte años contaba entonces. Una feliz casualidad quiso que por la misma época, tuviera yo en proyecto un viaje a la Península y nos pusimos de acuerdo para efectuarlo en compañía. Juntos recorrimos las principales ciudades de la Madre Patria, y aquellos quince meses pasados en distintas poblaciones recorriendo todas las líneas férreas, subiendo en variados vehículos a los pintorescos pueblos de las montañas andaluzas y catalanas; dejando en un lugar la pesada diligencia, para tomar en otro la pequeña diabla, la ligera tartana, el funicular o el tren de cremallera, son meses que muy gratos recuerdos han dejado en mi vida.

Creo que él pudiera decir otro tanto, y tal vez por doble motivo: en Barcelona le presenté a mi familia paterna entre cuyos miembros se contaba la que había de ser, dos años más tarde, compañera de su vida y madre de los tres hijos que le concedió la Providencia.

En Madrid, adonde se dirigió cuando regresé a mis lares americanos, anudó relaciones con varios distinguidos literatos, que son hoy honra y prez de las letras hispanas.

De esos dos primeros años de su estadía en España (1904 y 1905) son la mayor parte de las poesías que forman el presente volumen. Ya en ellas se nota la influencia de la literatura Española. Y se nota, también, la fuerza de aquel cariño inquebrantable que profesó a la Patria de sus mayores y en especial a aquella hermosa región de la misma (Cataluña) que le dio esposa y en cuya capital había de nacer uno de sus hijos. De ese cariño a España, son galana muestra las composiciones que figuran en esta colección bajo los siguientes títulos: "La Musa Americana", "A Mercurio," y otras que figurarán en el próximo tomo de las obras de Rogelio.

Olvidaba mencionar otra de las influencias que en temprana edad, influyeron en la formación de Rogelio. Me refiero al Quijote, libro que leyó desde muy joven y al cual profesaba particular veneración. Era su Biblia. Recordaba en sus menores detalles todos los episodios del maravilloso libro y se complacía en citar de memoria sus más importantes pasajes. Su lectura le sugirió el título y la forma de su primera obra periodístico-política: "Los Quijotes de mi tierra", que había de dar con él en la cárcel.

Pero, aparte de esas influencias, hay en las poesías de Rogelio un sello particular, y así muchas de ellas resisten a toda clasificación de escuela: son suyas, son de estilo propio. Véase "Petronio", "El Jilguero", "La niña".

También pagó tributo, la Musa de Rogelio, a la poesía popular: en el Folk lore Costarricense, pueden figurar, sin desdoro para unas ni para otras, al lado de las "Concherías" de Aquileo

Echeverría, la "Serenata" que aparece en este volumen y los versos del poema "Lola", última o penúltima producción del llorado vate.

"Lola" fué publicado en un tomito, en días que siguieron muy de cerca a la muerte de Rogelio, por disposición del que estas líneas escribe, que creyó con la prematura publicación, evitar que apareciese más tarde con la firma de algún poeta poco aprensivo. El hado que perseguía a Rogelio, fundamentaba tal suposición: fué despojado en vida de sus bienes materiales y podía también serlo en muerte, de sus bienes intelectuales. El caso de Cirano de Bergerac no es único en la historia literaria.

El poema conquistó pronto tal popularidad que en menos de un mes se agotaron tres ediciones, y que hoy se siente la necesidad de otra nueva, la cual publicaremos en breve, con el atildamiento que no pudieron llevar las anteriores, por razones de premura, y, con las anotaciones y léxico necesarios para la mejor comprensión, por parte de los extranjeros, de los provincialismos y modismos de ese precioso cuadro de costumbres populares.

Y, paso a terminar este desbalazado prólogo con una breve biografía de Rogelio, la cual me prometo dar *in extenso* cuando las condiciones políticas lo permitan:

Nació el día 4 de mayo de 1883. Después de las clases primarias pasó a las aulas del Liceo de Costa Rica, regentadas entonces por el literato don Carlos Gagini. Dejó truncos sus estudios oficiales sin haber alcanzado el bachillerato, mal avenido con la imposición disciplinaria de la legión chilena que reemplazó al señor Gagini en la dirección del Liceo.

Este incidente de su vida le permitió dedicar la mayor parte de las horas del día a su pasión favorita: la lectura. Se encerró en la biblioteca de su padre, la cual como de persona tan instruida y amante del saber como el General Fernández, era selecta y nutrida, y en ella, rodeado de sus queridos libros, olvidándose de todo y olvidado de todos, abrió su privilegiado espíritu a cuantas corrientes de saber podían fluir de aquellos viejos libros, que le comunicaron aquel sello de seriedad y mesura que desde muy temprana edad conocimos en Rogelio.

Principista convencido, en todo tiempo, ni a la política, ni a la literatura, ni a la sociedad pagó contribución alguna que reñida fuera con sus ideales. Pudo por la clase social a que pertenecía, por su no común ilustración y por sus dotes de escritor y de orador, granjearse en repetidas ocasiones una alta posición, tanto en su tierra como en el extranjero, pero su acerado carácter, su rectitud puritana y su odio al oportunismo le impidieron llegar unas veces y otras le obligaron a sacrificar lo conquistado en buena lid, en aras de un principio, de un ideal.

En 1901 fundó "El Derecho", en unión de su hermano Víctor, como adalid de los principios netamente republicanos y como estandarte a cuya sombra pudiesen refugiarse los ciudadanos que no pactasen con la transacción política que dió nacimiento al partido Nacionalista. Aquel grupo de jóvenes rebeldes que rodeaba a Rogelio, y que en nombre de la pureza del ideal y de la integridad de los principios, osaba enfrentarse al Gobierno constituido y a los «Olímpicos», notabilidades consagradas por la opinión pública, fué mirado al principio con despectiva conmiseración; y sin embargo, en pocos días la fuerza del ideal y el poder de la palabra y de la pluma, debían convertir al pequeño grupo en un poderoso partido político que a los dos meses de constituido disputaba el triunfo, en las urnas electorales, y ponía en grave riesgo de derrota al poderoso partido Nacional. No puede haber nadie, que en conciencia, niegue a Rogelio sino todo, gran parte del mérito de aquella empresa política, y a los brillantes artículos de su pluma el auge que en breve adquiriera "El Derecho".

Esa campaña periodístico-política originó su viaje a España, según dejó referido en otro lugar. De la Península salió para Méjico en 1906 y allí tuvo ocasión, gracias a la identidad de ideas filosóficas, de entrar en relaciones muy cordiales con el Ministro de Relaciones, licenciado don Ignacio Mariscal, quien como fino apreciador del valer de los hombres, dio su merecido apoyo al joven literato, colocándolo, primero en el Observatorio Astronómico de Méjico, y nombrándolo poco después Cónsul de Méjico en Baltimore. Desempeñó algo más de dos años tan importante puesto, que tuvo que abandonar en virtud de una nueva ley que exigía la adopción de la ciudadanía mejicana, para poder desempeñar los puestos consulares.

En referencia a este incidente de su vida diplomática recibí una carta de él, que muestra sus puritanos y al parecer de algunos, quijotescos sentimientos. En ella me decía: "Con gusto aceptaré la nacionalidad mejicana, por que pienso que un latino americano está en su propio país en cualquiera de las Repúblicas del Mundo de Colón y por que Méjico es para mí una tierra tan querida como aquella en que vi la luz; pero no me avengo a renunciar a mi nacionalidad por conservar una posición. Si esa renuncia me fuera pedida por que así lo requiriese la salud, el bienestar o la prosperidad de Méjico, en el acto me hubiera sentido mejicano. . . ."

—¡Quijotismo!—Talvez!—De ese quijotismo iban impregnados todos los actos de Rogelio; ¡bendito quijotismo!

A su regreso a Méjico, tuvo ocasión de prestar sus servicios a su segunda patria y a la causa de la libertad, saliendo co-

mo comisionado del Gobierno Provisorio a tratar con el adalid de la Revolución, don Francisco I. Madero, sobre la manera de reconstituir el Gobierno Constitucional. Mucho ayudó a Rogelio, en su misión, su antigua amistad con el héroe mejicano, su hermandad de creencias y sobre todo la identidad de pureza en ideales e intenciones.

Firmado el tratado entre Madero y el Gobierno Provisional y triunfante poco después la candidatura del primero, éste nombró a Rogelio Jefe del Departamento de Publicaciones del Museo, y a poco, Director de la Biblioteca Nacional; la cual, como es sabido, es una de las mejores del mundo latino. Este último puesto lo conservó hasta el momento en que, víctima de asquerosa traición, cayó bajo las balas de los asesinos, el campeón de las libertades Mejicanas.

Este trágico suceso obligó a Rogelio a salir precipitadamente de Méjico, aunque no sin haber cumplido antes con los deberes que de su amistad e hidalguía, pedían sus propios sentimientos y la viuda del ilustre victimado.

No sin peligro de sucumbir en las acechanzas que le tendió el asqueroso victimario, pudo embarcar con su familia, con rumbo a Costa Rica, a donde llegó en marzo de 1913.

Ya en su tierra púsose al frente de "El Republicano" y entró de lleno en la política del país.

Al año siguiente, en virtud de la evolución conocida con el nombre de "28 de Abril", subió al poder el Licenciado don Alfredo González Flores, en cuya administración colaboró como subsecretario en las carteras de Fomento y de Gobernación, como Director General de Correos y como Censor de Teatros. Estos dos últimos puestos los desempeñó ad honorem en vista de la aflictiva situación del Tesoro.

Durante esta administración formó parte, como Secretario, de la Embajada diplomática que nuestro Gobierno acreditó ante los de Argentina, Brasil y Chile.

Como galana muestra de su esfuerzo periodístico fundó y dirigió "El Imparcial", al cual imprimió desde su fundación, su corrección de procederes, la alteza de sus miras, la pureza de sus ideales patrios y el culto que él mismo profesaba a España y a los pueblos de su raza.

Y esta fué la última actividad de Rogelio en el campo de la palabra escrita. De su actividad parlamentaria, de su gestión política y de los trágicos acontecimientos que culminaron con su muerte, ni quiero, ni talvez me compete hablar ahora.

Son tan recientes esos acontecimientos que no es posible referirse a ellos, sin que sangren de nuevo las aún frescas he-

ridas que produjeron. Mi misión por ahora se reduce a delinear una semblanza de Rogelio, tan imperfecta como es lógico esperar en estos momentos, y a presentar al público sus creaciones poéticas.

Si su lectura produce en los demás, semejante impresión a la que yo recibí con ella, tendré por buena la siguiente reflexión: "La muerte de Rogelio quitó a la Patria y a las letras castellanas una hermosa realidad del presente y una legítima esperanza del futuro".

TOMÁS SOLEY GÜELL

San José, 4 de mayo de 1918.



## Mi testamento literario

---

*Circunstancias especiales me han impedido desarrollar concepciones literarias tan vastas que ocuparían toda una vida.*

*Dejo impresas, con numerosas erratas (literarias, científicas y de imprenta):*

«Psiquis sin velo»;

«Lux et Umbra»;

«Episodios de la Revolución Mejicana»;

«La Clave del Génesis» y

«Plus Ultra».

«Los Andes y otros Poemas» fué impreso en la Imprenta del Museo Nacional de Méjico. No se llegó a tirar el último pliego. El nuevo Ministro de Instrucción Pública (de Huerta), ordenó que fuese destruida la edición. Y lo fué.

En Barcelona intenté también que se publicase una selección de mis poesías. El tomo de prueba que se me envió a Baltimore, contenía tantas erratas que no autoricé su circulación. Un ejemplar (único) queda en poder de mi señora. De él muy pocas poesías vale la pena de conservar; quizás la «Introducción», «Canción de amor», el poemita pastoril «Clarían y Filena», «Un delirio de Espronceda», «El Idilio», «La Serenata» y algún soneto.

Mis poesías filosóficas de por sí pueden quizás constituir un volumen. Están desparramadas en periódicos y revistas espiritistas. Hé aquí la lista: «Gritos de angustia», «La visión», «Contemplación I», «Contemplación II», «Contemplación III», «Dios, (de Victor Hugo)», «Se construye una Iglesia, (de Victor Hugo)», «A Kardec», «A Próspero», «Eheu»

«Fugaces», «Póstumel...» «Ante la tumba de Manuel Aragón», «A la memoria de doña Amalia Domingo Soler», «Cuando yo muera», «Contraste, (o las Gaviotas)», «Mi epitafio, (de Lord Byron). etc. Todas estas composiciones fueron publicadas en «Los Albores de la verdad», «Luz y Unión» de Barcelona (Casa Editorial Carbonell y Esteva), y en «El Siglo Espirita», (después «Helios» de Méjico, Organo de la Federación Espirita, que estuvo bajo mi dirección).

En Méjico se me quedó inconclusa (por cierto cuando iba a entrar en la parte más interesante) una obra titulada: «La Magia y el Espiritismo en las obras de William Shakespeare» ¡Lástima!, el Hamlet me ofrecía un material abundante e inmejorable para el desarrollo del tema. Se publicó hasta la página 40 en el folletín de «Elios».

Mis artículos que merezcan la pena de conservarse, están desparramados en «El Tiempo», «El Día», «El Derecho», «El Republicano» y «El Imparcial» de Costa Rica, y en «El Amigo del Pueblo», y «La Epoca» de Méjico. También publiqué algunos en «Luz y Unión» y «Los Albores de la Verdad» como «Thanatosis», «La permanencia del Yo», «Y vi sobre mi cabeza un punto negro...», «La moral sin dogma», etc.

Todos estos artículos yo pensaba agruparlos un día en un volumen que se llamaría «Chamarasca».

En Méjico perdí a causa de la revolución felixista y la traición de Huerta, un pequeño poema en tres cantos: «María», y algunas otras composiciones. El poemita en referencia, como «Apocalipsis» (que nunca pasó del segundo canto), fué un ensayo juvenil y adolece de grandes defectos; pero contenía algunas bellezas. También perdí una biblioteca selecta con documentos y libros de inestimable valor.

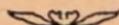
Entre mis proyectos literarios, estaba el escribir una novela histórica titulada «Morazán», sobre un episodio de la vida de este capitán en Costa Rica, y otra novela, muy humana y muy divina: «Incesto», título inevitable, aunque existe una obrita de E. Zamacois con ese título: pues el tema así lo exige. En esa novela, por una curiosa paradoja, lo moral venía a ser precisamente lo inmoral, y viceversa. El difícil problema

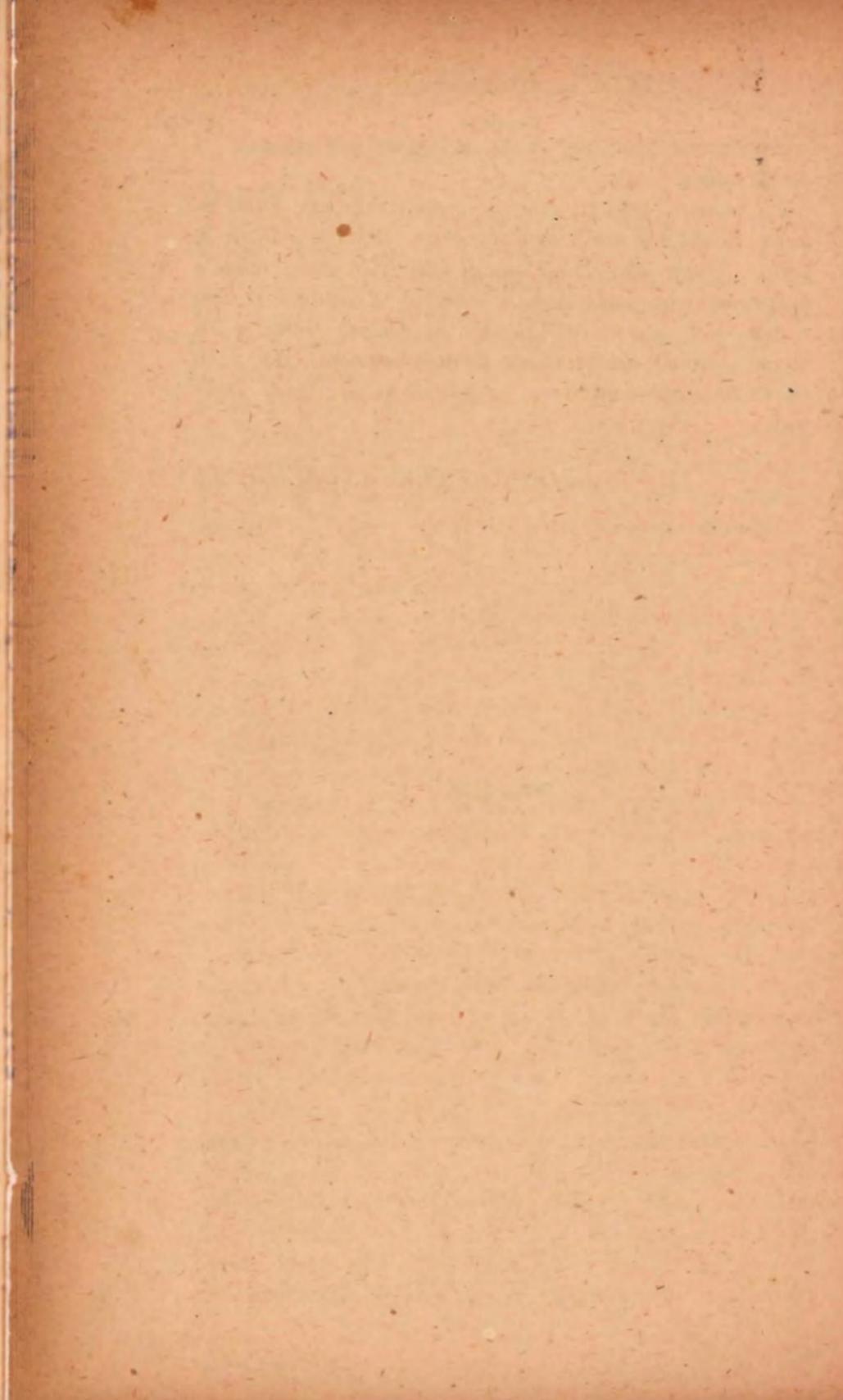
se desenlazaba, como dejo dicho, del modo más humano... y divino posible.

En resumen: he escrito mucho; he proyectado más; y sólo lamento desaparecer antes de haber hecho algo que valiera la pena... ¿Quién sabe? Puede que de vivir cien años, tampoco hubiera realizado nada digno de memoria. A lo menos, réstame el consuelo de que ningún Homero ni Lucano fenece, y ese mismo consuelo debe quedarle a las generaciones. Lo siento por los tipógrafos e impresores, a quienes hubiera dado algún trabajo.

ROGELIO FERNANDEZ GÜELL

Costa Rica, enero de 1918.





## A la meva esposa

En altre qu' en ta llengua armoniosa  
no vull, aymada esposa,  
els lliris oferirte y les roselles  
del pom dels cántichs meus.

Del jardí de ma Patria son poncelles  
que al véuret tan hermosa  
esclatan en fragancias a tos peus.

Si les roses que 't dono, amorosida,  
les reculls ab ma vida  
y en lo cel de ton pit, com flors de gloria  
les contemplo brillar;  
si no s' pert el meu cant en ta memoria  
com un llum que s' apaga y que s' oblida,  
¿qué més puch desitjar?

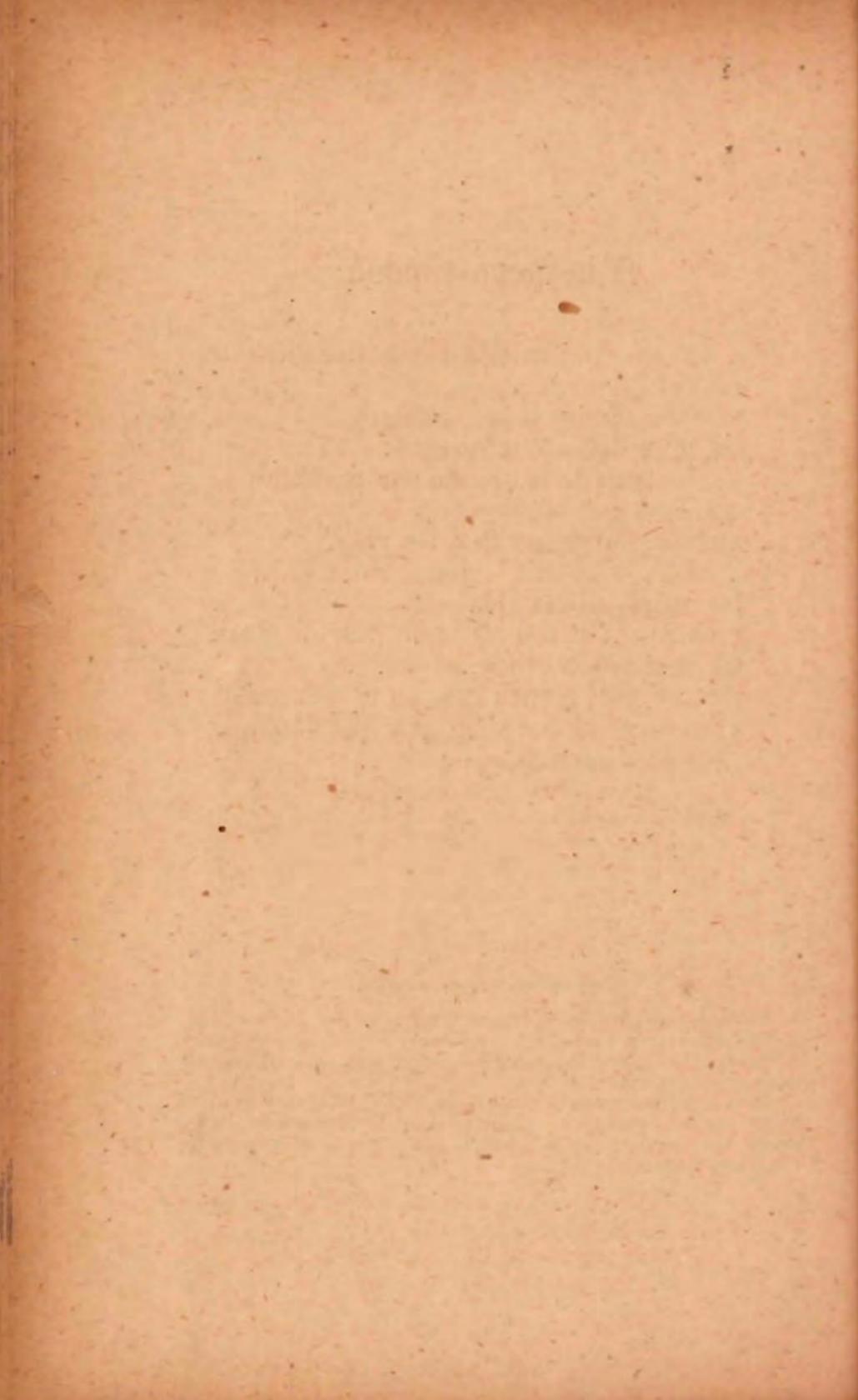
Baltimore, 1909

---

### Traducción.—A mi esposa.

En lengua que no sea tu lengua armoniosa—no quiero—amada  
esposa—ofrecerte los lirios y las rosas—del ramo de mis cánticos.—  
Del jardín, de mi patria son botones—que al verte tan hermosa—re-  
vientan en fragancias a tus pies.

Si las rosas que te doy, amorosa—con mi vida recoges, y en el cie-  
lo de tu pecho, como flores de gloria, las contemplo brillar;—si no se  
pierde mi canto en tu memoria—como luz que se apaga y que se ol-  
vida,—¿qué más puedo desear?



## Por qué canto

Reflexiones de todos los días,  
que convierte mi labio en poesías,  
sobre amores, engaños y glorias,  
sobre tantas mundanas historias,  
sobre todo cuanto hay que mirar  
y sentir, comprender y guardar,  
son, cualquiera que seas lector,  
estos versos que escribo en tu honor.

Cuanto pienso del mundo y la vida  
lo ritmo enseguida  
en lenguaje ni sobrio ni terso,  
porque yo, a la verdad, nunca un verso  
retoco o trabajo,  
ni le adorno con plumas de grajo.  
Así, como sale, armonioso,  
dulce, alegre, correcto o ripioso,  
lo dejo, pues nunca fui dado  
a volver sobre un mismo teclado.

En forma diversa y en variado estilo,  
sin seguir de nadie la trillada senda,  
ya sea Lucano, ya se llama Esquilo,  
zurciré palabras, y que Dios me entienda.

No busco la gloria, risueña figura  
que sonríe al hombre en la juventud,  
que al fin tras la gloria no está la ventura,  
y es bueno ir pensando en el ataúd.

No busco fortuna, ni prez ni renombre,  
ni la vil lisonja que halaga el oído:  
otros son mis sueños de hombre  
y trabas no intento poner al olvido.

Canto porque sueño; porque soy poeta;  
porque mis ideas brotan de un laúd;  
porque bermellones hay en mi paleta  
y aromas en mi alma, sonidos y luz.

Canto porque canto; porque de mis labios  
se desprende el verso: tal es la razón.  
Por más que no sea muy grata a los sabios  
no encuentro ni anhelo otra explicación.

¿Por qué canta el ave? ¿Por qué luz destella  
la que cruza el cielo rutilante estrella?  
¿Por qué brota al punto del metal herido,  
argentino, dulce o ronco sonido?

Perfuman las flores, murmuran las fuentes,  
argentan los astros, suspira el amor,  
vibran en el alma pasiones ardientes,  
de oro y de sangre se corona el sol;

surge de la quiebra de un monte un riachuelo,  
de un abismo al borde se mece una flor;  
preñada de rayos cruza el ancho cielo  
la nube, palpita y arde el corazón.

Todo es armonías, destellos, sonidos,  
aromas, plegarias y cantos de amor;  
todo es vibraciones, ideas, latidos;  
el mundo es un arpa, Dios el trovador.

Cuando ríe un niño, mi espíritu ríe;  
convidanme al beso sus labios en flor;  
la aurora en mi frente sus perlas deslíe  
y alfombra mi senda con lirios de olor.

Lloro cuando llora con mortal quebranto  
muertas ilusiones la débil mujer,  
y sufro y sonrío y lloro en mi canto  
según sufre, ríe o llora algún sér.

Si el cielo está puro, sereno, radioso,  
teñido de oro o de rico tisú,  
mi espíritu vuela gentil y gracioso,  
a un mundo de aromas, sonrisas y luz.

Sueño a cada instante, río con la aurora,  
suspiro en la noche enfermo de amor;  
brillo con el astro que en las cumbres dora  
las sienas del día; converso con Dios.

Mi espíritu vibra a compás del trueno  
y encrespado ruge como hirviente mar,  
o ya entre las flores de aromado seno  
juguetea alegre o ensaya un cantar.

El mundo, los seres, la eterna natura,  
el monte, el arroyo, un signo, un color,  
el ave, la estrella, la humana locura,  
la inmutable Esfinge, un eco, una voz,

perfumes, suspiros, arpegios, miradas,  
sonrisas, blasfemias, labios de carmín;  
cuanto me rodea, olas encrespadas,  
de un mar sin orillas, principio ni fin;

todo cuanto vibra me habla en un idioma  
lleno de poesía que comprendo yo,  
y un alma en el árbol colérica asoma  
rugiendo a los golpes del hacha feroz.

El débil insecto de élitros de oro  
que en el aire gira como alada flor,  
en su displicente zumbido sonoro  
conversa con mi alma, responde a mi voz.

Por eso las rimas reflejan al mundo  
sin método, ni orden, sin rumbo ni plan:  
en unas estrofas gime un moribundo  
y en otras se escucha a un bardo cantar.

Verso de por medio, delira un suicidia;  
se ve al sacerdote al pie del altar,  
una virgen sueña y aroma la vida,  
con su flauta de oro se aproxima Pan,

se abre una tumba, se mece una cuna  
y se oye entre risas un beso estallar,  
misteriosa mezcla de claros de luna,  
de luz y de sombras, de Dios y Satán.

Esto soy, poetas: un laúd sonoro  
de timbre diverso, de variado són,  
del que arranca el mundo ya notas de oro,  
ya bélicos gritos, ya ronco clamor;

una lumbre suave sin orto ni ocaso;  
manantial de arrullos, fuente de virtud,  
que refleja todo cuanto encuentra al paso  
y cantando sigue en el ataúd.

No obedezco a un orden, no sigo un sistema,  
ni consejos pido ni consejos doy;  
sobre mis poesías caiga el anatema  
y truequense en ruinas mis sueños de hoy.

Mucha fantasía, mucho colorido,  
un jardín flotante es mi inspiración;  
enjambre de notas que vuela perdido  
entre almas y flores y rayos de amor;

haz de vibraciones, ramo de claveles,  
triste jaramago, fúnebre ciprés,  
mezcla de perfumes, venenos y mieles,  
tales son mis cantos, tal mi lira es.

En mis oraciones se refleja mi alma;  
nada me reservo, pienso en alta voz;  
ya en horas de ira, de amor o de calma,  
digo sin ambages lo que siento yo.

Todo me impresiona, todo me seduce;  
hablo a cada instante del alma y de Dios,  
y toda mi ciencia, lector, se reduce;  
a rimar la prosa del mundo exterior.

Me entusiasma el arte, lo idealizo todo,  
sueño eternamente, optimista soy,  
porque al ver que es planta lo que ayer fué lodo  
y fecundo polen y aromada flor,

pienso que mañana corazón honrado  
será lo que rudo pedernal es hoy.  
Nada permanece como fué creado:  
todo avanza y vibra. El progreso es Dios.

¿Qué cosa es la vida? Porque vive el hombre?  
¿Porqué en las esferas no todo es virtud?  
¿Porqué perseguimos la gloria, el renombre,  
si abierto en las sombras está el ataúd?

Yo soy optimista: confío y camino.  
¡Pasad, maldicientes; blasfemos, pasad!  
No todo es tinieblas ni el triste destino  
del hombre es la muerte. Vivid y confiad.

Gire el mundo, gire;  
todo a un fin responde:  
entre las tinieblas  
tropézando el hombre,  
por su instinto guiado  
se dirige a Dios.  
Calle el pesimista:  
no todo es dolores,  
y, aunque el mundo marche  
sin saber a dónde,  
por algo progresa  
la humana razón.

Creced, ilusiones; flores, perfumad;  
reid, alboradas; soles, argentad;  
sonrían doquiera los labios del hombre;  
vivid, esperanzas sin forma ni nombre;  
poetas, ¡cantad!

La vida es eterna: al sueño que muere  
sucede otro sueño y un sol a otro sol;  
retoñan las almas, y si algo las hiere,  
de la cruel herida surge otra ilusión.

Reflexiones de todos los días,  
que convierte mi labio en poesías,  
sobre amores, engaños y glorias,  
sobre tantas mundanas historias,  
sobre todo cuanto hay que mirar  
y sentir, comprender y guardar,  
son, cualquiera que seas lector,  
estos versos que escribí en tu honor.



## El Idilio <sup>(1)</sup>

¡Oh feliz como mi alma te quería;  
 pero no tan fugaz, celeste hora!  
 ¿Dónde está mi pastora?  
 ¿Qué fué de mi alegría?  
 ¡Ay, violeta agostada  
 cuando al beso del alba enamorada  
 tu seno tembloroso se entreabría!

Sus húmedos cabellos recogía  
 en ocaso la bella cazadora,  
 y el rey Sol, en su Alhambra cristalina  
 doraba con sus besos la ventana  
 por do asoma la mañana  
 la frente peregrina.

Sus melifluos acentos un jilguero  
 ensayaba, escondido en la espesura,  
 y un arroyo entre flores prisionero,  
 recorría cantando la llanura.

El mes de los amores, placentero  
 devolvía sus pompas a natura,  
 y perfumes y mieles  
 me brindaban las rosas y claveles.

Entonces las palabras lisonjeras  
 brotaban de mis labios, en volantes  
 escuadrones de alegres mariposas,  
 que en bosques y praderas  
 sus alitas brillantes  
 agitaban en torno de las rosas.

(1) Visitando un día un cementerio de su patria, vió el poeta una estrofa escrita sobre el mármol de una modesta sepultura, adornada con un ramo de flores, la cual terminaba así.

"No llores alma mía,  
 que volveré mañana."

Esa sugestiva estrofa, reminiscencia de un poeta colombiano, le inspiró esta poesía.

Era mi alma dulcísima colmena  
de tiernos pensamientos  
que en enjambres de varios movimientos  
cruzaban por la atmósfera serena.

Apenas del Oriente  
se tiñeron de rosa los balcones  
y del día los rubios escuadrones  
incendiaron en nácar refulgente  
con sus flechas de luz el Occidente,  
cuando, al beso del Sol, la alma despierta,  
dejé mi lecho, me llegué a su puerta,  
y pidiendo a la alondra melodía,  
al alba argentería,  
perfumes y matices a las flores  
y rica inspiración a los amores,  
escribí a mi adorada esta poesía:

«Ya el sol las cumbres dora,  
ya trina en la espesura  
el dulce ruiñeñor;  
ya se esmalta de flores la natura  
y se cubre de nácares la aurora  
al beso del amor!  
Despierta, mi pastora,  
y colma de ventura  
el pecho de tu amante trovador!»

Recuerdo que de nardos y de rosas,  
de heliotropos, jacintos y jazmines,  
compuse en mis jardines  
un ramo en cuyos pétalos vertía  
la alborada sus perlas temblorosas.

Bien me acuerdo de aquel felice día  
que tuvo, como todos, su mañana...  
Adorné con el ramo su ventana  
y suspiré muy quedo  
con voz que entrecortada parecía  
de terneza, de súplica o de miedo:  
«¡Despierta vida mía!»

Al fin en mis oídos, melodiosa  
vibró la voz amada  
y unos dedos de rosa,

cual sólo los tenía mi adorada  
 recorrieron al punto los cerrojos...  
 y Venus misma apareció a mis ojos.

Sonriente y pura me tendió los brazos,  
 como una alondra que abandona el nido,  
 ignorante de ligas y de lazos,  
 y alegre vuela en el vergel florido.

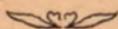
Así ella vino a su pastor querido,  
 que allá, donde se ignora  
 el mismo nombre del progreso, todo  
 es verdad, sencillez encantadora,  
 y sólo en el invierno cuando llora  
 la nube, ¡oh Fabio! en el camino hay lodo.

¿Por qué tuvo ese día su mañana?  
 ¡Oh, tú, Fortuna incierta!  
 ¿Por qué cuando la aurora se engalana  
 hoy no se abre como ayer la puerta?  
 ¡Ay, que fueron muy breves mis amores,  
 y una hermosa mañana a mis cantares  
 contestaron tan sólo en los pinares  
 los dulces ruseñores!  
 Pálido, yerto, me detuve. Nada  
 respondía a mi voz enamorada.  
 A un golpe de mis hombros los cerrojos  
 saltaron y quedó franca la puerta.  
 Corrí a su lecho. La creí dormida.  
 La di un beso en los ojos.  
 ¡Vida mía—grité,—Flora, despierta!  
 y loco, con el alma estremecida,  
 caí a su lado, pues estaba... ¡muerta!

Todo tiene su fin. La amada mía  
 murió, no sé de qué. Yo no sabía  
 que padecen también de enfermedades  
 las olímpicas diosas, las deidades,  
 las aves, las estrellas y las rosas  
 y que mueren también las mariposas.  
 Murió. ¿Por qué a mi lado  
 no a la vida volvió su cuerpo helado  
 al calor de mis besos, o por qué  
 de su dormido corazón el frío

no heló al instante y para siempre el mío?  
¡Ah! ¿Por qué no morí? Yo no lo sé!

Ahora con el alba me levanto,  
me voy al camposanto,  
escribo sobre el mármol mis dolores  
y derramo allí lágrimas y flores.  
Y besando la piedra de la fosa,  
con acento de amor y de agonía,  
exclamo: «Ya es de día;  
aguárdame y reposa.  
Esta piedra mi vida, es la ventana  
que de flores tu amado revestía.  
No llores; alma mía,  
que volveré mañana”.



## Petronio

### I

Entre el estruendo del festín romano,  
coronado de pámpanos y flores,  
el Ajax de una época de horrores  
reclamando silencio, alzó la mano.

Allí estaba Nerón, y allí Lucano  
dulcemente cantaba a los amores,  
y mujeres de ojos seductores  
ofrecían sus galas al tirano.

¿Petronio va a brindar!—gritó Vatinio;  
y el filósofo, erguido en su triclinio,  
alzó la copa, do el falerno hervía.

Apagóse la suave melodía  
de las liras, y el coro de augustanos  
cesó un punto en sus cánticos livianos.

### II

La rubia y bella Eunice, arrodillada  
a los pies de Petronio, con dulzura  
sonreía a la olímpica figura  
de su dueño, de amor enajenada.

Con la ira en los ojos retratada  
y en los labios un dejo de amargura,  
mirábales Nerón, como una impura  
serpiente por la envidia atosigada.

El bardo fenecía por momentos.  
En sus brazos desnudos ondulaba  
un arroyo de sangre que manchaba

la túnica de Eunice. Soñolientos  
los ojos y la mano temblorosa,  
habló al fin con voz suave y melodiosa.

## III

“Thanatos” (1) es la diosa que yo adoro.  
 ¿Por quién he de brindar sino por ella?  
 Es más dulce que Flora y aún más bella  
 que Venus, la del pepló de azul y oro.

Que breve sea, a su bondad imploro.  
 Yo me voy, atendiendo a su querella,  
 y en sus brazos iré quizá a una estrella,  
 con Eunice, mi dueña y mi tesoro.

Brindo en fin por Thanatos, fiel amante...  
 Porque elija en la tierra un compañero  
 más digno y no a un poetastro y un danzante...

¡Que viva en este mundo prisionero,  
 pues fuera para mí muy irritante  
 sufrir, aun en el Orco, a este coplerol

Musas, huyo de él...—alegre muero...!  
 Dijo, y rasgando la dorada ropa,  
 cayó en el lecho, y se rompió la copa.

## IV

Lívido, airado, sin aliento oía  
 a Petronio, Nerón, y murmuraba  
 entre dientes: ¡Ingrato, yo le amaba!  
 Está loco,—Vitelio le decía.

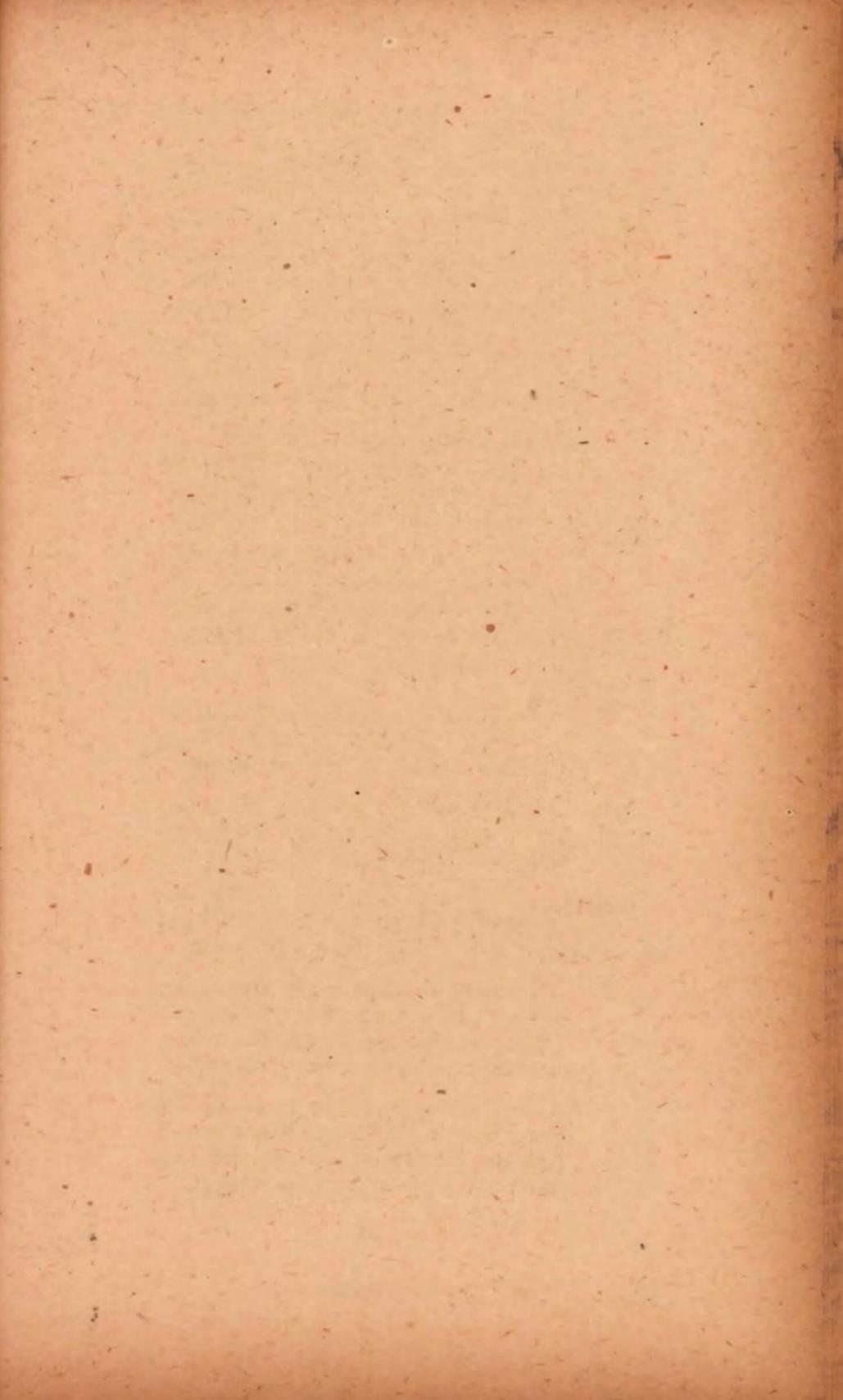
Inmóvil ante el bardo que moría,  
 el tirano de rabia centelleaba,  
 Eunice en el triclinio agonizaba  
 y el ocaso de sangre se teñía.

Abriéronse sus labios, y en un beso  
 huyeron de la tierra los amores,  
 cual visiones de magia y embeleso.

Entonaron un himno los cantores,  
 y Nerón, de su rabia en el exceso,  
 con un grito llamó a los gladiadores.

Era tarde... Yacían los amantes  
 en un lecho sangriento, entre las flores,  
 bajo lluvias de pétalos fragantes...

(1) Thanatos: la muerte, según la mitología greco-romana.

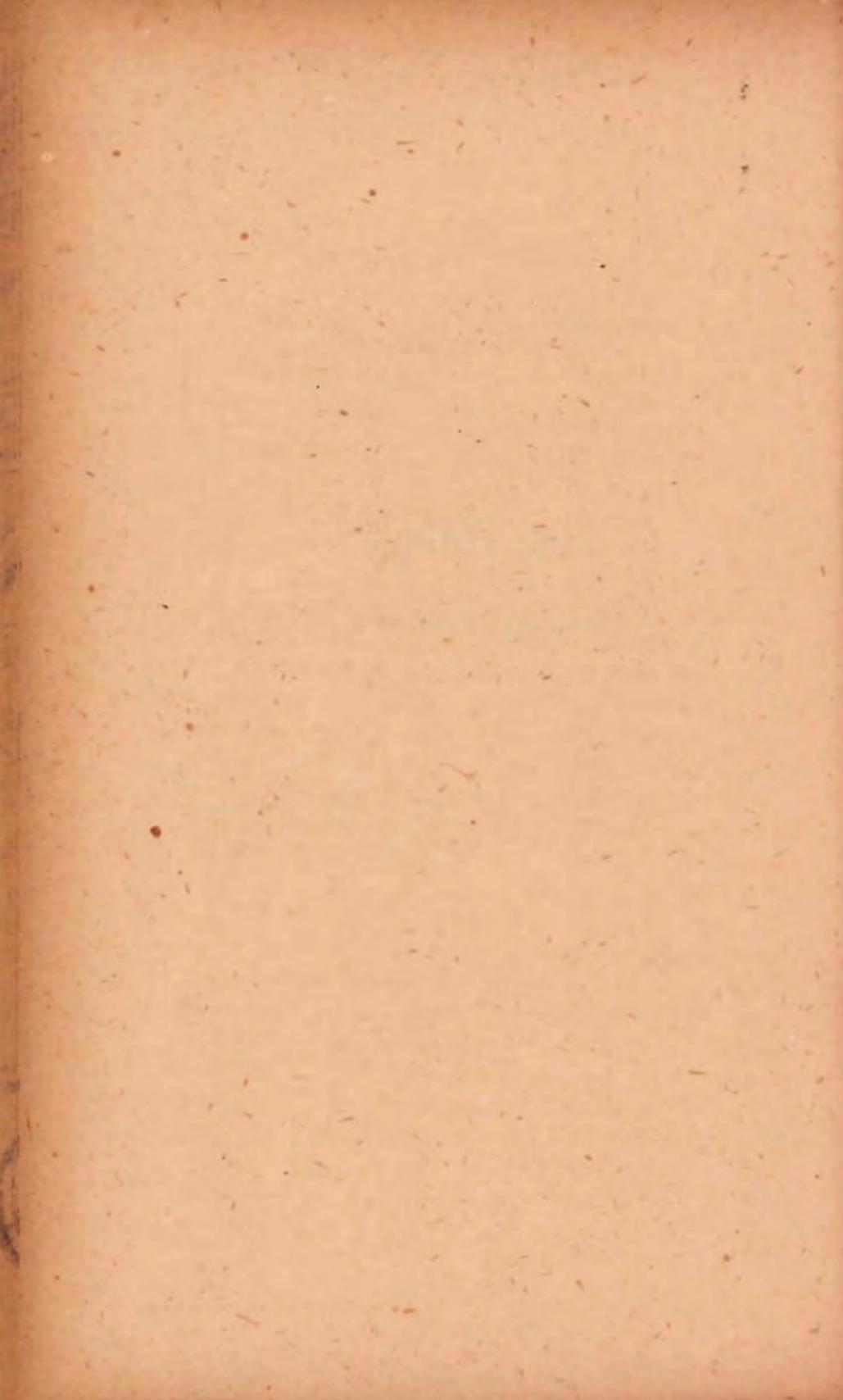


# Los Andes

Santasía Panorámica

---

A la memoria del ilustre Constituyente  
Licdo. D. Ignacio Mariscal, Secretario de  
Relaciones de la República Mexicana que  
honró al poeta con su amistad y le dispensó  
su protección.



## Los Andes

Preliminar que aparece en la edición única de este poema, hecha en México en el año de 1913 y destruída por orden Ministerial al realizarse el Golpe de Estado del general Huerta.

El primer esbozo del poema LOS ANDES, lo escribí en Madrid, durante la primavera de 1905.

Adolecía aquella producción de tan graves y numerosos defectos, que resolví archivarla, con el propósito de corregirla en la primera ocasión favorable.

Trasteando un día entre mis papeles en Baltimore, Md; donde yo representaba como Cónsul a la República Mexicana, vino a mis manos el ya olvidado manuscrito. Lo contemplé con el amor con que se miran las viejas producciones de nuestro espíritu que, aunque imperfectas, llevan en sí la fragancia o el recuerdo de mejores días.

Releído atentamente sorprendí entre la maleza y la ojarasca que recubrían la obra, algunas gemas que me parecieron dignas de realce y pulimento, como El TERREMOTO y HEROICA NOX.

El tema me sedujo como antaño; emprendí con entusiasmo la tarea de refundir la composición primitiva, y tuve el placer, gracias a las circunstancias escepcionalmente favorables en que entonces me encontraba, de verla terminada a los pocos días, con la añadidura de los tres últimos cuadros, que vienen a ser como su coronamiento o remate.

Sin embargo, no quedé satisfecho del todo. Yo hubiera deseado alzar, sobre el gigantesco pedestal de la cordillera andina, un monumento digno de la Patria y de la Raza. En vez de un poema descriptivo, me resultó una fantasía panorámica. Me consuela pensar que, en no remoto día, un poeta de mayor aliento sabrá encerrar, en un cuadro mag-

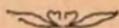
nífico, el panorama sublime de los Andes, y que aquellos montes soberbios, a cuyas faldas nací, encontrarán al fin un cantor digno de su majestad y de su hermosura.

Después de algunos intentos infructuosos de modificar el plan primitivo del poema, opté por dejarlo en la forma en que hoy aparece finamente editado en los talleres de imprenta del Museo Nacional, por acuerdo del Sr. Vicepresidente de la República Lic. D. José María Pino Suárez, actual Secretario del Ramo, que une a sus preclaras dotes de gobernante la de ser un sacerdote de la belleza, adorador de las divinas hermanas que moran en la cumbre del Parnaso.

Sírvame de disculpa o atenúe en algo el fallo severo del público, el hecho de que jamás he escrito con otro afán que el de *producir belleza*, despreciando la vanagloria, que sólo puede brindarnos un marchito laurel para la frente, a cambio de muchos y muy amargos sinsabores para el alma.

México, 27 de Enero de 1913.

ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL.



## Preludio

Luminares eternos, encendidos  
por la mano de Dios, Aldebaranes  
cuán hermosos brilláis sobre mi frentel  
¡Ande inmenso, diadema de volcanes  
que humillas con tu peso un continente,  
ah, perdona si al verme en esta altura  
y en toda tu grandeza al contemplarte,  
mi humana condición y el mundo olvido  
y con lengua mortal me atrevo a hablartel

Un himno prodigioso te levanta,  
retumbando en tus cóncavas el trueno,  
la mar de hinchado seno  
con tempestuosa faz se yergue y canta;  
sus conciertos divinos  
te ofrendan mil orquestas melodiosas,  
ocultas en los pinos;  
sus endechas las virgenes hermosas,  
de atezado semblante; sus rumores  
la brisa susurrando entre las flores;  
sus murmurios la fuente,  
sus rugidõs los pumas y jaguares;  
sus silbos la serpiente,  
enroscada a tus troncos seculares;  
su espantoso fragor la catarata;  
su estrépito el alud, que rueda al tajo  
como una enorme lágrima de plata  
desprendida del rostro de un gigante,  
y el genio galopante  
de la tormenta umbría  
su salvaje y suprema sinfonía  
arrancando los árboles de cuajo.

¡Sublime cordillera,  
cuán pequeño me veo entre estas moles  
que tienen a los pies la primavera,  
en la frente los besos de mil soles,  
en la cumbre el invierno  
y en las ígneas entrañas el Infierno!

¡Dignos son de cantarte  
el mar y el huracán! Su voz tan sólo  
es digna de la tuya, cuando, lleno  
de salvaje furor, de polo a polo  
conmueves cielo y tierra,  
y con Jové y sus númenes en guerra,  
trepidantes peñascos inflamados  
arrojas a los orbes espantados.

Perderánse en tus riscos y pinares  
los ecos que despierten mis cantares;  
mas en tanto que ostenten con fiereza  
los volcanes sus hórridos penachos  
y sus yelmos de nieve los picachos,  
tu gloria cantarán y tu belleza  
los tritones y ondinas de los mares



## Panorama

Del Sajama en la cúspide flamea  
el sol y parpadea  
como el ojo de un cíclope. La altura  
del Sorata figura  
el torreón almenado  
de un castillo guardado  
por un grupo de olímpicos guerreros,  
que esperan altaneros,  
con la frente ceñida de centellas,  
el ímpetu feroz de los gigantes,  
que suben, entre nubes, arrogantes,  
a reinar en los círculos de estrellas.

Arpas vivas del bosque, mosotillos,  
zenzontles y turpiales,  
saludan con dulcísimos gorgeos  
a los rubios heraldos matinales,  
y millares de alegres mariposas,  
en enjambres de vívidos colores,  
juguetean en torno de las flores.

Al ósculo de luz que incendia el suelo  
y los cirros y cúmulus espanta,  
se yerge el Chimborazo, toca el cielo,  
en sillares de pórfido la planta  
estriba y en sus hombros tremebundos,  
parece que soporta, nuevo Atlante,  
el trono rutilante  
del Señor y el cortejo de los mundos.

Nubecillas de nácar y de oro  
rodean de los montes la cintura,  
velando con el fúlgido tesoro  
de sus gasas cambiantes, la verdura.

La próspera natura  
los yertos peñascales embalsama  
y la flora del trópico invencible,  
trepa, gana el crestón inaccesible,  
la simiente prolífica derrama,  
y de frondas y flores cubre amante  
la cerviz abrasada del gigante.

Así más dulce aún, más generosa,  
la esperanza divina  
en las grietas del alma querellosa,  
las vitales simientes disemina.

Como líquidas perlas engarzadas  
en monstruosos anillos, rodeadas  
de ceibos, y palmeras,  
relucen, entre rocas, prisioneras,  
mil lagunas, y garzas y palomas  
y quetzales de plumas policromas  
revuelan en las fértiles riberas.

A manera de un trueno prolongado  
o bramido espantable de cien toros  
que en la pampa desierta han olfateado  
la presencia del tigre, tal se escucha  
en la paz del andino panorama  
el eterno mugir del Tequendama.

En las crestas anidan los condores  
y al rugido del báratro inclemente,  
en las frondas responde dulcemente  
una orquesta de alados trovadores.

En los vastos y umbríos junquerales,  
troncos de árbol de súbito animados,  
se acometen dos crótalos iguales  
en tamaño y poder, silban airados,  
se retuercen, arponan y atenazan,  
con sus colas vibrantes despedazan  
los juncos y las cañas altaneras,  
y sus cuerpos sin ánima, enroscados,  
pasto son de las aves carniceras.

En medroso tropel huyen ligeras  
las graciosas vicuñas inocentes;  
los jaguares sorprenden al venado  
cuando baja a beber a los torrentes,  
en sus piernas aligeras fiado;  
asoma su cabeza  
repugnante el caimán en el pantano,  
que oculta limo insano  
con un velo de lúbrica maleza;  
rasga el aire con ruido de saeta  
la danza velocísima, y el llama,  
por famélico puma perseguido  
huye, vuela, galopa enloquecido,  
vuelve grupas a un muro peñascoso,  
se aproxima a un magnífico arbolado,  
antifaz engañoso  
de un abismo de flores circundado...  
y perece de pronto despeñado.



## El Terremoto

Todo es calma en la altura.  
Un guerrero que duerme sosegado,  
sin dejar el lanzón ni la armadura  
ni el escudo en las lides abollado,  
cada roca figura,  
inmóvil, como un ciclope encantado  
que espera a un paladín, cuya bocina  
ya resuena en la cúspide vecina.